

más, como si lo prohibiese la naturaleza misma, que vela por la selección de la especie. El cloroformo, el bisturí, la antisepsia y la aguja, bastan para producir ese ingrato prodigio, que podría llamarse la *difusión de la degeneración*. Es la civilización que ataca la naturaleza en su papel más hermoso: la selección de las especies, la vida. ¡Pero la naturaleza toma su revancha contra la civilización! ¿Quién vencerá? La duda no es posible... ¡Esperemos que la civilización avance cuanto antes, y se entregue, desfallecida y derrotada, en brazos de la naturaleza vencedora!

Aparte de la insuficiencia de los auxilios que prestaba la antigua terapéutica á la humanidad doliente, las grandes convulsiones sociales—pestes, hambres, guerras—y las grandes intransigencias—religiosas, políticas y jurídicas—contribuían en primera línea á eliminar los degenerados. En Buenos Aires, por ejemplo, las revoluciones, la tisis, la fiebre amarilla y el cólera, han barrido al elemento negro, que á fines de la colonización representaba casi una mitad del censo, y hoy es una insignificantísima fracción. Algo semejante ha sucedido en todos los países americanos con las razas aborígenes; y en las provincias andinas de la República Argentina, con los «cotudos». En las guerras antiguas exterminábase al pueblo-hembra vencido. En la Edad Media, la hoguera en que se achicharraban centenares de «brujos», fué una herida saludable por donde el cuerpo de muchas naciones supuró el humor fétido de sus neuróticos. La Inquisición, en sus orígenes, antes de viciarse extremando sus crueldades contra los herejes europeos, cuando se limitaba á suprimir moriscos, gente podrida, era en todas las Españas reacción de salud y no úlcera de gangrena. Por ello el pueblo, que cuando no se enloquece tiene el instinto

de su salvación, la llamó «santa». Por ese instinto de conservación social en Oxford y Cambridge, ni los aspirantes al doctorado en derecho estudian la moderna criminología (para ejercer como *barristers* les basta un examen sobre los estatutos penales, ante la corte de los lores); pues se teme que los jurados populares, si se empapase la clase dirigente en psiquiatría, disculparan todos los delitos como neurosis, anulando así las funciones de selección—justa ó injusta—de cárceles y patíbulos.

Ahora la higiene pública, la generalización de la instrucción, los adelantos de las industrias, el más equitativo reparto de las riquezas, el relativo confort difundido en ciertas clases sociales, el maquinismo, las confraternidades políticas, religiosas y jurídicas de hombres y pueblos, la poca frecuencia y menor crueldad de las guerras que casi se limitan á un duelo de ejércitos, facilitan la obra de la medicina en la perpetuación de la casta paria de los degenerados. Es una «selección al revés». Ya no existen, como antaño, aquellas grandes y periódicas y continuas y saludables amputaciones sociales. En todos los tiempos hubo degenerados; pero los actuales no se exterminan como los cartagineses, los «brujos» medioevales, los moriscos españoles, ni seguirán á Pedro el Ermitaño para ir á morir, de «mal de Oriente», en Tierra Santa. El único medio de su eliminación, cuando se llega al caso extremo de la disolución por la herencia, es hoy, podría decirse, *voluntario*: el suicidio. En las universidades alemanas varios moralistas han publicado en los últimos lustros obras de una lógica admirable sosteniendo el *deber* del suicidio en ciertos casos que detallan con científica minuciosidad. Pero según esos mismos aristarcos, ¡son tan pocos los degenerados que po-

seen el *valor* del suicidio! Hoy se quedan en sus casas ó en los hospitales, atendidos por un sabio médico, pagado ó gratis, para su bien personal y el mal de su especie. Crecen y se multiplican, contagiando la parte sana de la población, al amparo del progreso. He ahí cómo mi tesis, aunque lo parezca, *no* es, por desgracia, una paradoja. No se trata, es verdad, de una teoría etiológica; pero sí de una exacta observación sociológica.

Puede objetárseme que la degeneración no es nunca estacionaria. Es progresiva hacia la normalidad, ó regresiva hacia la muerte. El degenerado que se reproduce, engendra hijos mejores ó peores que él, y no iguales á él. Si mejores, tienden en una, dos ó tres generaciones, á volver al tipo normal; si peores, la raza desaparece en tres ó cuatro generaciones. Por ejemplo: primera generación, neurasténico congénito; segunda, locura; tercera, muerte en la infancia, idiotismo. O bien: primera generación, neurasténico congénito, y hasta locura; segunda, neurasténicos congénitos, desequilibrados, normales; tercera, normales, desequilibrados; cuarta, normales. Esto es verdad en cuanto á la degeneración *absoluta*, médica, somática. Pero ¿no existe también una degeneración *relativa*, más psíquica que física? Dentro de los términos extremos de degeneración absoluta y normalidad absoluta, ¿no caben ciertos medios matices, ciertas oscilaciones paliadas, disimuladas y al mismo tiempo provocadas por nuestro estado social contemporáneo? Es indiscutible que vibra en la atmósfera un algo amenazador y nefasto; un si-no-es degeneración; un debilitamiento general que acaba por ser la degeneración misma; un democrático nirvana que aunque no es la muerte, parece un continuo, un lento, un insensible desplaza-

miento hacia la muerte... Se me dirá que uso y abuso de expresiones inseguras más literarias que científicas... Sin embargo, insisto en que los médicos están acostumbrados á no considerar más degeneración que aquella que presenta con caracteres fisiológicos, teratológicos; lo cual no excluye la existencia de *otra* degeneración menos evidente, pero más terrible, vaga, pero positiva; enmascarada, pero real. Esta degeneración es la endémica, la social, la contagiosa... No desconozco que á sus más palpables rasgos degenerativos, que son del orden psíquico, deben corresponder ciertos indicios fisiológicos, somáticos; pero estos indicios suelen ser tan ocultos y sutiles, que sólo la autopsia podría á veces descubrirlos. Y además, la psico-fisiología no está aún suficientemente adelantada para revelarnos todas sus localizaciones. De las *dos* degeneraciones que distingo—la médica, individual ó absoluta, y la sociológica, general ó relativa—sólo la primera ha sido hasta ahora plenamente investigada por los médicos. La segunda, que es tan degeneración como la primera, puesto que también se aparta de la normalidad y tiende también hacia la muerte, escapa á sus análisis y estadísticas. Es que, en suma, es una sensación de conjunto, basada en el conocimiento de la historia; casi diría, una concepción metafísica de la historia. Y nada más opuesto á la metafísica que el espíritu positivista de la medicina. He ahí por qué los médicos se empeñan en ignorar la *degeneración sociológica*; ó bien, cuando la vislumbran, la atribuyen á la pasión excesiva de «casos parciales», como ser la intoxicación por alcoholismo, tuberculosis, maquinismo, parasitismo social, etc., etc. Esto no basta. Si se colocaran conjuntamente sobre la mesa de autopsias y disecciones de un laboratorio el cadáver de un hom-

bre cuaternario, el de un soldado de Alejandro, el de un caballero medioeval de esos que gastaron las gigantescas armaduras que se ven en el museo de la Torre de Londres y el de un individuo contemporáneo cualquiera (conservados frescos los antiguos como aquel mammoth que se halló intacto en los hielos siberianos), entonces, sólo entonces el método positivo de la medicina moderna podría sacar inducciones luminosísimas sobre la total regeneración de la especie humana.

Los psiquiatras declaran que, aparte de las mejoras en la nutrición y el cruce, la terapéutica no tiene remedios eficaces para curar la degeneración. La cirugía puede disimular muchas deformaciones físicas paralelas á otras morales, pero no curar lo mórbido del sistema nervioso de un enfermo congénital. Entonces, ¿cómo combatir el mal? No veo otro remedio, ó mejor dicho, paliativo contra sus nocivas consecuencias sociológicas, que la educación. Si la característica del degenerado es su daltonismo moral, y el degenerado es eminentemente sugestionable (emotivo), su mal, como he dicho, puede combatirse *sugiriéndole ideales é inculcándole buenos hábitos...* Pero el degenerado, aunque sugestionable, es olvidadizo y versátil. Luego la tarea de formarle artificialmente un sentido moral, debe ser larga, repetida, continua. Ello explica, en mi opinión, por qué la instrucción secundaria en Alemania, Inglaterra y demás países sajones, es tan extensa, aun con peligro del cerebro; toma al niño de ocho á nueve años y termina á los diez y ocho ó veinte. Pues sólo así se pueden infundir en el degenerado (que aunque fuera una minoría, tiene tanta ó más importancia que la mayoría) las ideas

fundamentales de método, disciplina y moralidad. Por esto la instrucción polifurcada es deficiente: quebrándose en su mitad, su acción pierde en grados y continuidad. Cierto es que ni los pedagogos ni los estadistas declararon esta preocupación tácita ó instintiva sino muy vagamente, como ocultándola: por orgullo nacional y pudor humano. En los pueblos, como en los individuos, hay dolencias que se tratan pero no se confiesan.

§ 154. *La incógnita de la moral del futuro, bajo el punto de vista de la degeneración.*—Graves reflexiones, las más graves que puedan preocupar la mente, sugieren estos fenómenos. La primera es que las religiones de Buda y Cristo, religiones de caridad, son las únicas que concuerdan con la naturaleza humana cuando progresa. Que la ferocidad anticristiana del degenerado, es disolutiva. Que en las edades antiguas, por el aislamiento de las naciones, cuando una decaía otra progresaba: tales Cartago y Roma; pero que en las modernas, en virtud de lo fácil de las comunicaciones, el contagio es universal, y que, si una degenera, todas degeneran (hasta la China, á pesar de sus murallas) por causas semejantes y paralelas. Que, como lo comprueba la historia, los pueblos-hembras que decaen son antihumanitarios, así como los hombres que degeneran, se retratan por su daltonismo moral. Luego la degeneración es factor de decadencia.

¿Hacia dónde marcha, pues, la anémica humanidad contemporánea, degenerada y decadente? ¿Cuál ética nueva sustituirá la vieja ética de Buda y de Cristo, cuando ya nada puede contener las disonancias entre la mentira convencional de la educación humanista

y los sentimientos antihumanistas de las futuras generaciones?

Este es el punto oscuro de mi cosmos. Ni los más poderosos telescopios de los astrónomos han podido penetrar en ese hueco que forma una inmensa mancha negra é insondable al pie de la cruz de Sud, llamado el Saco de Carbón. Pues yo tengo también en la esfera de mi pensamiento un saco de carbón, que no pueden sondar mis telescopios. Está al pie de la Cruz del Gólgota.

A veces he creído, es verdad, divisar allí una estrella incógnita que viene del Norte. Simboliza algo como el anticristianismo de Nietzsche. Esa debe ser la religión de los degenerados, porque es la negación absoluta de toda compasión, el cinismo de todos los goces, el exterminio de todos los débiles, el daltonismo moral. Y la llamo *Ética nueva*, porque no es Hobbes, no es Bentham, ni nadie, sino Nietzsche, el vidente que muere loco en un manicomio. El mismo lo dijo, y yo hasta cierto punto lo creo, que el *Also sprach Zarathustra* («Así hablaba Zarathustra») (1), es el libro más profundo que en Alemania se haya escrito. Un degenerado, intelectual superior, me confesaba: «Adoro á Nietzsche porque hallo en Nietzsche la condensación filosófica de mi fisonomía moral.» Esta frase me ha quedado en el oído, porque quiere decir, que si viene una ética nueva, esa ética será el *daltonismo moral*, la ética de la degeneración, *la moral de la inmoralidad*. Nietzsche la ha llamado la «trasmutación de todos los valores». De la inmoralidad, no sólo budista-cristiana, sino de todas las morales que en último término significan cohesión, armonía, sociabilidad.

(1) Vease la traducción española, publicada en esta misma Biblioteca.

La ética nietzschiana es insociabilidad, desarmonía, incoherencia. Así que no representa, en puridad de términos, ni ética, ni religión, sino caos. En tal caso, los degenerados serían simples *precursores* de la normalidad del futuro. ¿Es que la humanidad ya se disuelve, infecta y putrefacta? Al caos del absoluto daltonismo moral, ¿no debe suceder por un fenómeno psiquiátrico correlativo (en algo semejante al de la despoblación de la Francia contemporánea) la total incapacidad de la multiplicación, la total despoblación de la tierra? (Los fisiólogos suelen llamar á ese fenómeno «disolución de la herencia por la degeneración».) ¿Por qué no surge entonces del vientre de esa tierra fecunda un nuevo Daniel que proclame el advenimiento de un futuro Redentor? *Post hebdomades...* Pero el Cristo, ya le tenemos. ¿Dónde está su pueblo? El antiguo halló ese pueblo nuevo, fuerte, numeroso, virgen de todo estigma, entre los bárbaros del Norte. El nuevo, ¿dónde lo hallaría? He recorrido con mis ojos todo el mapamundi, desde un polo hasta otro polo, y aunque mi mirada se haya detenido un instante en ciertos puntos como Escocia y los Pirineos, yo no lo encuentro. Y es tanta mi tristeza al no encontrarlo, que desearía ser yo también, por un breve instante, un taumaturgo, para exclamar, parodiando no sé cuál de las homilias de los decadentes padres griegos: «Pueblos, oid mis palabras; cuantos habitáis la tierra, oid mis discursos. A todos os llamo desde una montaña situada en el medio del mundo, desde la cual resuena mi voz hasta las extremidades del universo... El que ha muerto no es Amorreos, ni Og, rey de Bazán, principillos que oprimían la pequeña tierra de Judea; ni tampoco la tortuosa serpiente, el Apóstata, aquel peregrino ingenio, azote de Israel y del mundo, cuyo

furor dejó por todas partes profundas huellas, cuya insolente lengua osó levantarse contra el Altísimo. El que ha muerto es el mismo Altísimo, es Buda-Cristo, es el Símbolo del progreso y del amor. Todo está consumado. Se acerca el *Dies irae*. ¡Ah!, pero no es la ira de Dios lo que debéis temer, pues el día de ira será aquel en que se desencadene la ira de vosotros contra vosotros mismos, hombres-fieras. No ira de hombres-fieras, sino de hombres, sólo de hombres, porque los lobos no muerden á los lobos. No os pido que oréis, porque sé que aunque puedan vuestros labios murmurar oraciones, vuestras almas no saben orar. Ya viene, ya viene, empero, la nube negra, no de sangre, sino de humores y pústulas y gangrenas; ya llega el día de vuestra ira. ¡Cuán distante está de la ira de Dios! Y aquella que temíais, era de perdón y caridad, y ésta, que no teméis, sempiternos titanes, sempiternos Prometeos, es ira de odio...! ¡Que suenen las trompetas de oro de los siete Arcángeles! ¡Ya despunta la aurora exangüe del día final del exterminio! Será una nueva redención: la redención de la muerte. ¡Aleluya!>

LIBRO III

Teoría general de la educación.

CAPITULO PRIMERO

CONCEPTOS FUNDAMENTALES DE LA EDUCACIÓN

- SUMARIO: I. DEFINICIONES.—§ 155. Necesidad de fijar ciertos conceptos fundamentales de la educación.—§ 156. Objeto y naturaleza de la educación.—§ 157. Incapacidad de la sociedad para cumplir en forma privada toda la función educativa: indispensable intervención del Estado.—§ 158. Triple acción del Estado: *inspeccionar, producir y garantizar*.—§ 159. *Coexistencia necesaria* del Estado y la educación.—§ 160. Educación é instrucción.—§ 161. Diversas categorías de educación.—§ 162. Pedagogía y educación: superioridad comprensiva del último término.
- II. LAS TRES ENTIDADES-BASES DE LA EDUCACIÓN: INDIVIDUO, SOCIEDAD Y PROGRESO.—§ 163. Coexistencia de tres entidades-bases de la educación.—§ 164. Noción del individuo como una entidad-base de la educación; sus tres condiciones esenciales: *unidad, debilidad y relatividad*.—§ 165. Ley del desarrollo *psico fisiológico* del hombre.—§ 166. Ley del desarrollo *psico-sociológico* del hombre.—§ 167. Doble proceso que la herencia marca á la educación en el desenvolvimiento humano: *inculcar y desarrollar*.—§ 168. Noción de la sociedad como una entidad-base de la educación.—§ 169. Noción del progreso como una entidad-base de la educación.